

B10

UN TRISTE EPISODIO

Peripecias de un cadáver histórico

En Colombia lo difícil no es morir sino descansar en paz.

A Pedro Alirio Silva lo mataron el lunes primero de marzo por la noche y su cadáver quedó, literalmente, bloqueado dos días en el Putumayo.

No conocí a Pedro Alirio, pero dicen sus familiares y amigos que a sus 60 años ya estaba haciendo uso de buen retiro de su militancia en el Partido Comunista. Un histórico del PC. Un Gilberto Viera del campo, guardando las proporciones.

Sus copartidarios, tal vez tratando de preservar esa especie hoy en vías de extinción, le rogaron muchas veces que se viniera a vivir a Bogotá. Pero él, fiel a su origen campesino —nació en la convulsionada Viotá— se empeñó en permanecer en Orito haciendo trabajo comunitario y sin dejarse amilanar por la guerra del 98 al 2000, que dejó prácticamente deshabitada esa zona ardiente del Putumayo.

Pedro Alirio fungía como presidente de la Asociación de Juntas de Acción Comunal del pueblo y estaba validando su bachillerato en la Escuela San José. Ese lunes salió de la panadería donde todas las noches veía por televisión el noticiero de las 7 y un carro no identificado lo recogió. Al día siguiente, los estudiantes encontraron su cuerpo fulminado por cuatro tiros cerca de la escuela.

Sus hermanas y el mismo Partido Comunista pidieron traerlo a Bogotá para sus exequias. ¿Cómo? He ahí el problema. ¿Por tierra? De locos. ¿Por aire? Tampoco resultó ser fácil. Satena y Aires, las dos aerolíneas que operan desde Puerto Asís, les dijeron a sus dueños, primero, que no se pueden trasladar cadáveres que no sean de policías o militares, porque temen que en alguno de ellos las Farc puedan camuflar un paquete de explosivos mortal.

Las directivas del Partido en Bogotá movieron sus influencias y tocaron la puerta de la Iglesia para que esta moviera las suyas. El padre Darío Echeverri, secretario de la Conferencia Episcopal, gestionó con el Ejército la posibilidad de trastearlo. Pero no se pudo concretar.

Agotada esa opción, empezaron a timbrar a cuanto contacto estuviera dispuesto a escucharles. El vicepresidente Francisco Santos, el Ministro de Defensa, el comandante de la Brigada del Putumayo y el director de Satena se mostraron dispuestos a colaborar y apareció una salida intermedia: que un médico legista o un militar experto antiexplosivos hiciera una requisa exhaustiva y garantizara que ese cuerpo inane no estaba relleno de explosivos.

Cumplido el requisito, había que superar uno más: que una persona acompañara el féretro como prenda de garantía. El párroco de Orito buscó un voluntario que accedió a servir de escolta.

Pero cuando todo parecía arreglarse, se hizo tarde y el avión de Satena de las

10:45 del miércoles ya había decolado de Puerto Asís. Tocó entonces comenzar de nuevo todo el trámite con Aires. Llamadas van y vienen. Que sí la Iglesia sirve de garante. Que sí. Y esta vez, finalmente, se pudo embarcar el féretro casi 36 horas después de comenzar su vía crucis con destino a Bogotá.

Difícil saber cuál es la metáfora más triste de esta historia. ¿Cómo se va muriendo el Partido Comunista a tiros en una carretera de un pueblo olvidado y en una silenciosa soledad? O ¿el hecho de descubrir con dolor un país que tiene que desconfiar hasta de sus cadáveres? O ¿tener la certeza de que existe un odio tan vivo que obliga a matar a un hombre de su edad, retirado de la refriega política y que estudia para validar su bachillerato? O tal vez ¿que todo esto pase sin dejar rastro alguno o preocupación en eso que llaman el alma nacional?

MARÍA EMMA
MEJÍA